

En Alicante, un mes . . . 1'75 pts.
 Un trimestre . . . 5 .
 Fuera de la capital, trimestre 5'75 .
 Extranjero, trimestre. . . 15 .
 Número suelto 0'25 .

Anuncios y comunicados á precios convencionales.

Pago anticipado

En la Redacción y Administración calle de Calatrava, 7, y en la imprenta de este periódico, Jorge Juan, 11 y 13.
 Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de este periódico.
 Anuncio de las obras de las que se nos remitan dos ejemplares, y estudio crítico bibliográfico de las que, á nuestro juicio, lo merezcan.
 No se devuelven originales

EL LIBERAL

DIARIO POLÍTICO Y DE INTERESES MATERIALES

AÑO II

Alicante 15 de julio de 1887

NÚM. 447

EL LIBERAL

Vernes 15 de julio de 1887

DESDE MADRID

13 de julio 1887.

La cuestión de orden público, en lo que tenía de real por el momento, ó sea en lo referente á los alborotos de los pueblos valencianos, parece que ha desaparecido ya por completo.

Los telegramas de aquellos puntos acusan tranquilidad, y todo en apariencia parece estar acallado actualmenté.

Sin embargo, la verdadera cuestión de orden público, sigue aún preocupando al Gobierno.

A lo menos, no se pasa día sin que los personajes de la situación conferencien para tratar de tales materias.

Yo no sé realmente lo que habrá en ellas; pero lo que sí sé, es que la alama se sostiene con tanto cabildeo. Ya es en Consejo de ministros donde plantea la cuestión el Sr. León y Castillo; ya el general Martínez Campos celebra larguissimas conferencias con el gobernador ó con el director de Seguridad; ya *La Correspondencia* en sueltos oficiosos, dá satisfacciones que nadie le pide; por todas partes y por todos los medios imaginables el Gobierno siembra la desconfianza y los recelos, sin quererlo tal vez, y aún deseando todo lo contrario; pero resulta tal y como queda expuesto.

De aquí nacen ciertas esperanzas, que á mi humilde juicio, es malo alimentar. Me refiero á las esperanzas reformistas, hoy más que nunca infundadas; pero más que nunca también fomentadas por ese estado de alarma perpétua.

Para ellos es como artículo de fé que antes de que termine el mes de setiembre ha de haber algún motincillo que dé con la situación en tierra, y á ellos les abra las puertas del poder.

¡Y como en nuestro país es tan fácil simular una algarada, y como nuestros partidos monárquicos tienen en la oposición tales ansias de mando, que por todo atropellan con tal de llegar á los puestos ambicionados!

Yo no sé; pero casi tengo el convencimiento de que no ha de terminar el estío sin que tengamos algún plagio de lo de Badajoz ó Cartagena.

Parece ya cosa obligada en el verano, y hay que esperar; más que nada, fundados en aquellas esperanzas reformistas de que antes hablaba.

**

FOLLETÍN DE EL LIBERAL (9)

EL ARGUMENTO

DE

Amadís de Gaula

Con lo que concluye el libro segundo de Amadís de Gaula.

LIBRO III

Al empezar el libro tercero, la situación de los héroes de nuestra historia es la siguiente: Amadís, con los buenos caballeros sus parientes y amigos, retirado en la insula Firme; Galaor y Cildadan en poder de Urganda la Desconocida, que cuida de sus heridas; el rey Lisuarte incomodado contra Amadís, á pesar de haber comprendido la traición de Gandandel y Brocadan, á quienes ha desterrado de su reino; y Oriana llena de amor, pero también llena de cuidado, porque se ha sentido en cinta y está obligada á separación de Amadís su amante.

Contra el cual lleno de cólera el rey Lisuarte, á pesar de que lamenta su conducta, envía á D. Gandáles para que le desafie; pero Amadís no quiere acudir á esta guerra, á que van sus caballeros, mientras que él con su amigo D. Bruneo se embarca para Gaula. Una fuerte tempestad les arrojó contra una isla en que quisieron desembarcar.

«Dios vos guarde de ella,»—dijo el maestro de la nao.

La prensa toda se ha ocupado estos días, para afirmarlas unas veces, y para desmentirlas otras, del nombramiento del Sr. Montero Ríos para presidente del Tribunal Supremo.

La noticia fué dada con muchas seguridades, si bien los diarios oficiosos la desmintieron acto seguido.

Y en efecto, la noticia es cierta y constituye por sí toda una historia.

El Sr. Alonso Colmenares, que es más viejo de lo que parece, manifestó deseos de dejar ese alto puesto que hoy ocupa; se habló de ello en la tertulia del señor Martos y cuando este hombre público se convenció de que eran ciertos los propósitos del Sr. Colmenares, telegrafió á Montero Ríos diciéndole si aceptaba dicho puesto.

El Sr. Montero contestó lacónicamente: «Aceptaría con gratitud.»

Entonces el Sr. Martos comunicó á Sagasta la cosa y éste le dijo que también él había pensado en D. Eugenio para la presidencia del Supremo, pero que había creído que no convendría á Montero dejar el bufete, á lo que contestó D. Cristino mostrando el telegrama de D. Eugenio.

Desde aquel momento quedó acordado el nombramiento en principio y aceptado en principio también.

Y tanto es esto así, que ya no se preocupa el Sr. Alonso Colmenares de hacer el discurso de apertura de los Tribunales.

Tal vez de este discurso se ocupe á estas horas alguien en Lourizan.

Queda sin embargo por arreglar un pequeño rozamiento del Sr. Alonso Martínez, á quien no ha hecho mucha gracia esto de que Martos haya tomado en este asunto iniciativas que no le corresponden.

Luego, que en medio de la aparente cordialidad de relaciones entre Montero Ríos y Alonso Martínez hay antiguas rivalidades difíciles de salvar.

Así y todo, casi puede asegurarse que Montero Ríos abrirá los tribunales desde el alto sillón presidencial.

A no ser que antes se hunda el mundo.
 Pío Gil.

RETIROS MILITARES

Una de las medidas que el ministro de la Guerra se propone acometer á su regreso de las aguas minerales de Mondariz, á donde le han llevado así las flaquezas de la materia como las contrariedades del espíritu, consiste en la conveniente rectificación del sistema por el que en la actualidad se rigen los retiros

de las clases militares. Si á primera vista el asunto parece llano y sus dificultades obvias, no acontece lo mismo á poco que la imaginación se someta al maduro examen de los múltiples y complejos puntos de vista que aquel entraña.

El punto de que tratamos es uno de los más delicados en materia de organización militar y reclama para su estudio provechoso y fructífero una competencia de que carecemos, circunstancia que nos mueve á ser muy francos en nuestras apreciaciones y que nos obliga á no hacer otra cosa que trazar líneas generales, siquiera sea para cumplir con la cotidiana obligación de informar á nuestros lectores de lo más saliente, entre lo que aparece sobre el tapete.

El pase de los jefes y oficiales á la situación de retirados, debe ser considerado, en primer término como la merecida recompensa de una dilatada carrera, durante la que se han prestado señalados y preeminentes servicios al país, y desde este punto de vista, claro es que es necesario exigir al que voluntariamente solicita el ingreso en esta situación, condiciones de edad y de tiempo de permanencia en las filas para que el reconocimiento de haberes pasivos resulte en justa proporción á los servicios que con ellos han de ser retribuidos. De aquí la necesidad fundada en un principio equitativo de mantener, modificándola de la manera que se crea más útil, la escala gradual, en la que se señalan las centésimas partes del sueldo regulador que corresponden á cada grupo de años de servicio, ya que éstos se dividan ó calculen por bienios, quinquenios ó de cualquier otra manera. No siempre las circunstancias permiten que sean consideradas como normales las condiciones en que se encuentran las distintas escalas del ejército y así se observa que en los años siguientes á una campaña todas ellas ofrecen un excedente de personal, á las veces excesivo en demasia y que obliga al ministerio de la Guerra á emplear todos los medios directos é indirectos que encuentre á su alcance, para conseguir el restablecimiento del perdido equilibrio.

Entonces se encuentra muy cómodo el apelar á los retiros como el mejor de los remedios y la más eficaz de las panaceas, sin tener en cuenta que al facilitarlos con demasiada holgura solo se consigue un resultado más aparente que efectivo, porque en fin de cuentas la mayor parte de las cantidades de que se descarga el presupuesto de Guerra van á parar sobre el de Hacienda, recargando el capítulo de clases pasivas, con lo que el tesoro

cer en secreto, como lo hizo, ayudada de Mabilia y de la doncella de Dinamarca.

Parió un niño «que tenía debajo de la teta derecha unas letras tan blancas como la nieve, é so la teta izquierda siete letras coloradas como brasas vivas; pero ni las unas ni las otras supieron leer ni qué decían, porque las blancas eran de latín muy oscuro, é las coloradas en lengua griego muy cerrado.»

Por varias aventuras, este niño tuvo por nodriza una leona que domesticaba el ermitaño Nasciano, y por cuya leona fué cuidadosamente amamantado durante los diez primeros días de su vida, y después criado por una hermana del ermitaño, á quien este le encomendó, habiéndole antes bautizado con el nombre de *Esplandian*, según se vió que decían las letras blancas en latín.

Este niño, lo mismo que el ermitaño Nasciano, juegan un interesante papel en el desenlace de la historia de Amadís.

Los caballeros de la insula Firme se baten con los del rey Lisuarte, siendo este vencedor y concluyendo con ellos una tregua de dos años, tanto más necesaria para él cuanto que el rey Arábigo, acompañado de otros siete reyes, sus vecinos, y del encantador Arcalaus, estaba ya preparado para desembarcar en la Gran Bretaña, con objeto de destruir el reino y matar al rey.

Mientras tanto, Amadís continuaba en Gaula y, bien á su pesar, había pasado trece meses en el ocio, separado del ejercicio de la caballería andante, lo cual muy en mengua de su fama era, y muy congado y comentado en su contra, tal como llegó á advertírsele su hermano Florestan, al mismo tiempo que por otro conducto recibía licencia para poder salir

ro no se queda como estaba, sino que sale perdiendo, porque no todas las vacantes por retiro se amortizan, sino que una parte de ellas se dan al ascenso. Y esto sin considerar que las escalas inferiores tienen siempre abierta la puerta y que por ella entran periódicos contingentes de sargentos y cadetes cuyo número no suele conservar la proporción necesaria con las necesidades del servicio ni con las bajas que por fallecimientos y retiros sufren las escalas más elevadas. Esto quiere decir, en buen romance, que la facilidad de los retiros empleada como medio para aligerar las escalas ofrece serios peligros, debiendo añadir á los inconvenientes que ya dejamos señalados el riesgo de que abandonen el servicio activo jefes y oficiales, cuya edad y cuya robustez son garantía de que aún habrían podido desempeñar honrosamente su puesto.

Análogas razones, aunque aplicadas en sentido inverso, deben apreciarse para el otorgamiento de los retiros forzados, no debiéndose perder de vista que la lentitud de los ascensos combinados por las edades señaladas como límite reglamentario para el servicio activo ahogan muchas iniciativas y cierran por completo el horizonte á muchas aptitudes.

Esto trae como natural consecuencia el debilitamiento del espíritu y la falta de entusiasmo, con lo que los intereses del servicio y por consiguiente los de la nación no resultan demasiado favorecidos.

No creemos preciso extendernos en mayores consideraciones para demostrar toda la importancia de la empresa que á su regreso de las aguas minerales de Mondariz se propone acometer el señor ministro de la Guerra.

De todas veras celebraremos que el éxito y la fortuna le acompañen.

LEY DE ASOCIACIONES

Discutida y votada por las Cortes y sancionada por la Corona, acaba de publicar la *Gaceta* la ley que ha de regular el ejercicio del derecho de asociación que reconoce uno de los artículos de la Constitución de la monarquía. Tiene por consecuencia esta ley el carácter de complementaria, y si bien es cierto que bajo ciertos puntos de vista es de naturaleza esencialmente política, no debe olvidarse que su espíritu no es otro que el de regularizar y reglamentar la práctica de un derecho previamente consignado en la ley fundamental. Es, pues, el precepto contenido en ésta, y en virtud del que se reconoce á todos los ciudadanos el derecho de asociarse para todos los fines de la vida, el que envuelve el carácter político correspondiendo solamente al de ejecución y

en busca de aventuras, con la sola condición de que si asistía á la guerra del rey Arábigo contra el rey Lisuarte, no peleara en contra de éste.

Amadís y Florestan, aconsejados y acompañados de su padre, el rey Perion, determinaron marchar á aquella batalla; y ponerse de parte del rey Lisuarte, haciéndolo de incognito y vistiendo tres nuevas armaduras—que para el caso les mandó, por medio de una doncella, Urganda la Desconocida, señora de la insula no Fallada,—y cuyas tres armaduras se componían de escudos que, en campo de plata, tenían unas sierpes de oro, tan extrañamente puestas que no parecían sino vivas, y orlados de oro fino y piedras preciosas; de sobreesnales, de aquella misma obra que los escudos; y de yelmos, diversos los unos de los otros, de los cuales, el blanco entregó al rey Perion, el otro cárdeno á D. Florestan, y el otro dorado á Amadís, diciéndole:

«Señor Amadís, mi señora vos envía estas armas, é dicévos que obréis mejor con ellas que lo habeis fecho después que en esta tierra entrastes.»

Así armados llegaron á la batalla á tiempo que el rey Lisuarte y los suyos estaban tan malparados, que no podían ya resistir á los rudos, extraordinarios y repetidos golpes de Brontajar, Daufania y Argomédes de la insula Profunda, dos caballeros de extraordinaria corpulencia y fuerzas hercúleas, que tal destreza en las armas tenían, que habían desordenado y roto todas las haces del ejército de la Gran Bretaña y amenazaban terminar la batalla con una completa victoria.

Pero los caballeros de las sierpes entraron en la pelea, y sin darse punto de reposo, tales

